

LA MISA DE LA AMISTAD

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Acabo de estar, ayer día 20 de febrero, a las 20.30 horas, en la Misa que unos amigos de Eugenio Vegas quisieron celebrar con motivo del centenario de su nacimiento.

Se realizó en los Carmelitas de Ayala y la celebró Olegario González de Cardedal. Yo no hubiera elegido ese celebrante y creo que puedo asegurar que Eugenio Vegas tampoco. Pero fueron otros amigos de él quienes organizaron el acto y respeto absolutamente su decisión.

La homilía estuvo discretamente bien. El celebrante es inteligente y salvó con dignidad notables discrepancias. En el pecho de ambos recayó, en el de Don Olegario todavía está, la medalla de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Pues era un motivo para que él celebrara la misa. Encontré al teólogo bien de aspecto pero notablemente mayor. Los años no pasan en vano.

La asistencia fue reducida. ¿Cincuenta personas? Y las ausencias notables. La primera la del Rey de España. A quien Eugenio dio tanto afecto y dedicación a su persona. Bien sé que el Rey se reserva. Pero aquí me pareció excesivamente reservado. Le dio a él, y sobre todo a la monarquía, muchísimo más Eugenio Vegas que esa pobre muchacha suicidada hace unas semanas.

Estoy convencido de que la Monarquía no sería posible en España sin la labor de Eugenio Vegas y de su obra señera, *Acción Española*.

Pero bien sabemos que los reyes son desagradecidos y los Borbones incluso exageran. Me parece que no se le haya concedi-

do un título de Castilla, al menos a título póstumo, una notable ingratitud. Por el actual rey y por la memoria de su padre.

Sus amigos, o los que lo fueron y luego se despistaron, ya han muerto todos. Maeztu, Pradera, Calvo Sotelo, Marcial Solana, José Ignacio Valdeiglesias, José María, Antonio y Lucas Oriol, Eugenio Montes, Pemán, López Ibor, Martín Almagro, Areilza, Castiella, Yagüe, Gil Robles, López Oliván, el conde de los Andes, Jorge Vigón, José Luis Vázquez Dodero, Pablo Antonio Cuadra, Rafael Gamba, Juan Antonio Bravo, José Antonio García de Cortázar, Sor Cristina Arteaga, el marqués de Quintanar... Y tantos mucho más desconocidos pero que le fueron fieles siempre: Gabriel Alférez, Juan José Morán, Antonio Ochoa...

Dos viven todavía. E intimísimos fueron. Tengo absoluta constancia. Por él y por ellos. Pablo Beltrán de Heredia, que mejoró muchísimo mi pobre redacción del segundo volumen de sus *Memorias*, y Paco Gomis. Un santanderino y un catalán que le fueron fidelísimos hasta el último momento de la vida de Eugenio y que él sabía cuán grande era esa amistad.

Allí estaban los últimos de Filipinas en el afecto. Tres de ellos entrañables para él. Me consta porque mil veces me lo dijo. El primero de todos, Eugenio Hernansanz. Entró como administrativo en *Acción Española* con poquísimos años y por su trabajo cabal y su honradez acrisolada puedo asegurar que siempre sintió por él Eugenio un afecto superior. Creo que bien puedo decir que ha sido una de las personas a quienes más quiso. Muchísimo. Cuando nos dimos un apretado abrazo, en presencia de Fina, su encantadora mujer, aunque sea tan especial en las comidas pues casi todo le hace daño —Fina, qué guapa estás, cómo llevas a Eugenio, tan derecho, tan señor, tan él, y tan tuyo y tan nuestro, por lo que no puedo menos que recordar aquellos maravillosos encuentros de los dos matrimonios en Playa América—, sabemos los dos que el recuerdo de Eugenio Vegas es algo imborrable en nuestras vidas. Ayer me dijiste Eugenio, una vez más, todo lo que le debías. Y como yo te dijera que tus *Memorias*, eterno y fidelísimo secretario de Don Juan y a su fallecimiento de Doña María, eran de obli-

gada publicación, con tu mirada clara y serena, que tantas cosas ha visto, me respondiste que desde el primer momento tuviste clarísimo que no. Y que hasta renunciaste a llevar el más mínimo diario porque de tu boca, que tanto podría decir, jamás saldría nada. Y eres tan puñetero, con perdón, que ni a mí me lo cuentas. Dios te pagará tanta entrega, tanta fidelidad, tanta hombría de bien. Y si los Reyes fueran como debieran, y esto lo digo yo porque tú jamás lo dirías, tú deberías ser también marqués o conde de la Lealtad, de la Fidelidad, del Real Servicio o del Amor a la Monarquía.

Vi también al teniente general González del Yerro, teniente que fue de Eugenio cuando en la guerra se alistó voluntario en la Legión como simple legionario, siendo ya capitán. Desde entonces tuvieron una relación amistosísima. En la que el superior, aunque no lo fuera porque el legionario era ya capitán, si bien nadie lo sabía, admiró a aquel voluntario que terminaría siendo su entrañable amigo. En el último acto de las Fuerzas Armadas se inventaron un protocolo nuevo. Que me pareció muy acertado. Cuatro generales o almirantes distinguidos de los tres Ejércitos y de la Guardia Civil acompañaron la corona que se iba a ofrendar a los que murieron por España. Y allí ibas. El más tieso. El más marcial. Me encantó verte. Pero más de uno se sorprendería al ver tu pecho. Los de los demás estaban llenos de condecoraciones. Infinitas. El tuyo llevaba apenas una pequeña medalla. Que pasaba casi desapercibida. Pero que lo llenaba todo. La medalla militar individual en campaña. Todas las demás son filfa. Esa, sólo esa, valía mil veces más que todas las demás juntas. Y su brillo era tal que no permitía que a su lado hubiera ninguna otra. En la última cena de San Fernando tuve el honor de presentarte a mi hijo, hoy capitán de tu Infantería. Y cuando regresábamos a nuestra mesa me decía con asombro: Papá, ¿de verdad es medalla individual? Creo que no volveré a conocer otro en mi vida. De esos ya no quedan. Pues quedas tú. Y ojalá por muchísimos años. De entre las muchísimas cosas por las que tengo que dar gracias a Dios, por mediación de Eugenio, es por haberos conocido a Eugenio Hernansanz y a ti. Y porque me tengáis por vuestro amigo. Lo del

reto a la partida de mus queda en pie. En eso yo soy de laureada. Aunque su valor no valga nada.

También saludé al duque de Parcent por quien Eugenio siempre tuvo especial cariño y él por Eugenio. Era bastante más joven que él y creo que participó en una anécdota que ahora tengo bastante borrada. La del *nequaquam*. Él, si quiere, la podrá precisar.

De aquella inolvidable tertulia de la calle Gurtubay me encontré, con gran alegría, pues a algunos hacía muchos años que no veía, a los organizadores del acto. Darío Valcárel, Ramón Jordán de Urríes, Íñigo Laua. Al último le vi de lejos. Darío y Ramón me parecieron jovencísimos para los años que han pasado. Tampoco debo estar yo muy mal porque me reconocieron inmediatamente. Con gran afecto.

De la tertulia sí he echado faltas. Luis María Ansón, Gonzalo Muñiz, Emilio de Miguel. La asistencia de Poto Figueroa era imposible por los miles de kilómetros de distancia. De estar más cerca seguro que no habría faltado. Tengo mucha correspondencia con él y me consta. Ya de los más jóvenes contertulios, no voy a decir la estupidez de tertulianos, me extrañó la no presencia de Estanislao Cantero y de Enrique de la Cierva.

Hubo una que sentí muchísimo. La de Pepe Cervera. Las últimas veces que le vi le encontré deteriorado. Su ausencia ayer, con la devoción que tenía a Eugenio, muy preocupante. Pepe, o Marta, si me leéis, todo mi cariño. Y a ti felicitarte por la compañera que elegiste para tu vida. No hubiste podido hacer mejor negocio.

Y creo que debo, porque es de elemental justicia, hacer un párrafo especial sobre las mujeres de los amigos de Eugenio. Es que es casi como para pensar que es falsa la manida frase de que detrás de un gran hombre hay una gran mujer. Yo casi pienso, ahora, tan mayor, que son las grandes mujeres las que hacen, o consolidan, a los grandes hombres.

Cabe, Eugenio fue un caso, que algunos varones culminen hazañas sin mujeres al lado. Pero qué hermoso, y qué digno, atardecer de su vida con Leonor al lado. Dios te pagó crecidamente

con ella lo que tú quisiste darle. Me he referido a Marta y a Fina, admirables ambas. Y qué voy a decir de Litas, la mujer de Paco Gomis. Te resita Vallet, con algunos celos de las actividades apostólicas de su marido, siempre me pareció mujer admirable, proximísima, y que seguro ahora ve que a quien quiere de verdad Juan es a ella. Carmen, la viuda de Augusto Díaz Cordobés, es paradigma de lo que se quiera. Qué persona más íntegra, más cabal, más bondadosa ese coronel de Artillería que fue uno de los más íntimos amigos de Eugenio Vegas hasta su muerte. Y ellos supieron, Carmen lo sabe, lo que yo les quise y a ella la quiero. A la del general González del Yerro la traté menos. Pero, hermana del jesuita P. Valdés, seguro que no desmerece nada. Tengo certeza del afecto de Eugenio por la mujer de Rafael Gamba, tan belicosa, tan inteligente, tan consagrada a la causa de Dios. Me olvidaré de algunas, seguro, pero no puedo dejar de mencionar el cariño paternal que Eugenio profesó a mi María del Carmen. Sin duda ella es el mayor favor que Dios quiso darme. La mujer con quien me casé.

Del último periplo intelectual de Eugenio Vegas, la Ciudad Católica, estaba como era obligado el actual presidente de la misma, por tantos años de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y me parece que sucesor de la medalla de Eugenio en la Real de Ciencias Morales y Políticas, Juan Vallet de Goytisoló. Ciertamente la persona a quien Eugenio admiró más en sus últimos años. Ambos emprendieron juntos la aventura intelectual y católica de la revista *Verbo* que todavía sigue publicándose.

Y dentro de este último ámbito estaban también presentes el actual animador de la revista y su secretario, Miguel Ayuso, y Manuel de Santa Cruz, acreditado historiador del carlismo en su última etapa. Miguel fue, sin duda, el amigo más joven de Eugenio Vegas de quien sobradamente me consta el afecto que le tuvo.

Leíto y sus cinco hijos. Pues claro que estaban allí. Tan jóvenes la madre y los hijos. El mayor tiene diecisiete años. Quizá no entiendan todavía lo que significó su abuelo en la historia de

España. Aunque seguro que ya lo van entendiendo. Buena es Leo para no contárselo.

Se hizo un acto de gratitud. Vaya la mía para quienes lo organizaron. Por una de las personas más rectas, más patriotas y más católicas que yo he conocido. Seguramente la más.

Fue una misa entrañable. De sus amigos. De sus últimos amigos. Ninguno, tantos años después, le hemos olvidado.